

PISTAS

Una ventana para mirar al mar

Kristian Antonio Cerino Córdova*

El siguiente texto es una reseña de la obra *Los senderos del infinito* (2015), publicada por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, del autor tabasqueño y profesor universitario Isidoro Villator.

La primera vez que leí a Isidoro Villator fue en la revista *Perspectivas docentes* que edita la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, la UJAT.

Hace algunos años (2012) escribió un ensayo breve titulado *Cómo leer y por qué*. En el resumen de esta reseña (*Perspectivas docentes*, número 49) leí lo que acapararía mi atención:

Podría ser que cuando uno es lector, no por necesidad estudiantil, como sucede generalmente en las aulas universitarias; sino por necesidad ontológica, que permita conocernos más y mejor; como forma de descubrir lo ignorante que hemos sido y seguiremos siendo (nada más que con conocimiento de causa); y sobre todo, conocer que, a través de las palabras, se puede escuchar y sentir el verdadero placer de disfrutar la vida y, por lo tanto, su real sentido.

Y algo más que subrayo para comenzar a hablar del oficio lector –parafraseando a Ricardo Garibay– en Villator:

El cómo leer y por qué, libro escrito por el crítico literario y profesor de humanidades en la Universidad de Yale, Harold Bloom, no tendría ningún interés, más que el de la curiosidad o el voyerismo intelectual de una práctica vivida todos los días. Pero no, el doctor Bloom es alguien dedicado en enseñar a leer a jóvenes universitarios por más de cinco décadas; a caminar las veredas que se deben seguir, para acompañarse de los grandes escritores de la humanidad, y descubrir la piedra de toque en la lectura de textos literarios.

Así y sólo así, comencé a conocer el trabajo literario de Isidoro Villator, poeta, ensayista y lector. Así, leyéndolo en las revistas de la UJAT, llegué al poemario *Pequeñas cuerdas en el estanque de los trampantojos* (2010) y al ensayario (sic) *Los senderos del infinito* (2015), la obra que hoy comentamos en esta Feria Universitaria del Libro de Tabasco, edición 2015.

Diré que un puño de lecturas hechas por Villator fundamentan *Los senderos del infinito*, un libro ensayístico que mezcla lo imprescindible entre la ciencia y la literatura.

Recordé: *Leer la mente, el cerebro y el arte de la ficción* (Alfaguara, 2011) de Jorge Volpi y *La mente del escritor*, ensayos sobre la creatividad científica y artística (Cal y Arena /UJAT, 2011) del tabasqueño Bruno Estañol.

Villator inicia *Los senderos del infinito* retomando pasajes de la novela *En busca de Klingsor* de Jorge Volpi, obra con la que el autor mexicano ganó el premio literario Biblioteca breve que otorga la editorial Seix-Barral. Justo aquí Villator precisa que esta novela lo hizo reflexionar a través del personaje Gustav Links, quien dice: Nada es completamente cierto, ninguna ley absoluta, inmune al vaivén de los siglos.

A esto, Villator agrega:

Ello no cambia que la ciencia nos ofrezca sus caminos para ver el mundo de manera diferente al mundo que nos ofrece la cotidianidad. Caminos que se recorren, como la religión, bajo el fundamento de la fe; porque el acto científico, nos dice Planck frente al espejo que es la novela, se rige bajo el espíritu creyente.

* Profesor en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Dedicado a la docencia del periodismo y la literatura. Escribe en www.diarioactivo.mx

¿Hasta dónde puede llegar la ciencia para conseguir sus fines? Esta pregunta son algunas que se plantean en *En busca de Klingsor*.

¿Y qué es el amor sino la mayor de las elecciones? Cada vez que uno decide amar a una mujer, en el fondo está optando sólo por una posibilidad, eliminando, de tajo, todas las demás. ¿No les parece una perspectiva aterradora?

En el apartado *El espíritu de una vocación científica*, Villator expone que aún en pleno siglo XXI, los padres caen en el error tradicional de antaño de imponer a sus hijos, la visión del mundo que ellos creen como única, basados en la experiencia; obligándolos a elegir estudios universitarios como la abogacía, la administración o, en cierta medida la medicina.

Después Villator nos recordará en sus ensayos la importancia de la novela *El hombre invisible* de George Wells, en donde estaremos pendiente de lo que ocurre con el personaje Griffin.

Pero, ¿qué es la ciencia? Villator elige la versión literaria de Griffin al argumentar que la ciencia: es un poco de aire donde se puede mirar a través de ella, que se puede abrigar en ella; pero invisible para la mayoría de los humanos. No obstante, no hemos alcanzado la invisibilidad pese al planteamiento de la ciencia a través de esta novela.

En la página 40 del libro, el autor esboza el título de su ensayario *Los caminos del infinito*. Y hojas más adelante dirá que *el infinito existe, pero al no poder existir en acto, existirá en potencia*. Nos trazará el conocimiento que posee de Jorge Luis Borges a través de sus cuentos-ensayos *El Aleph* (el círculo), *La biblioteca de Babel* (el orden), *El Jardín de los senderos que se bifurcan*, entre otros.

Cito:

De otras inquisiciones, en La esfera de Pascal, de Borges, de nuevo la imagen de la existencia de Dios, el infinito. No es que a ciencia cierta sea una definición del concepto de éste, porque hay que recordar, si algo caracteriza a la literatura es que no tiene la mínima intención de definir nada; simplemente se es, en este caso el infinito y no otra cosa. Para el caso de Pascal, según Borges literario, la imagen de una esfera eterna, ya que

es la figura más perfecta y más uniforme, porque todos los puntos de la superficie equidistan del centro -esto según Timeo de Platón-, Dios esférico, una esfera inteligible cuyo centro está en todas partes y la circunferencia es ninguna, una esfera sin fin, una esfera intelectual, un laberinto y un abismo para Pascal del cual sintió miedo y soledad.

Al referirse a *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, Villator nos presenta unas líneas para el análisis a propósito del Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres, el mundo utópico de Huxley:

Sí (si logramos despertar del nuestro) a través de las imágenes, las palabras y el sonido que ofrece la televisión, la computadora o el celular. Medios que nos dan el tiempo para no atrevernos a pensar, como si nos invitaría el viejo Sócrates a cuestionar nuestra cotidianidad, a reflexionar los caminos de nuestra libertad, sujeta por un cierto hipnotismo virtual parecido a la forma de enseñar a través del sueño, de condicionar y limitar la libertad de los habitantes del Mundo feliz de Mustafá Mond, Bernard Marx, Helmont, el romántico, Linda, o Lenina, por ejemplo.

Y concluye: *nuestro mundo feliz del siglo XXI: la moral del consumismo. La filosofía del tener versus la del ser. La filosofía del relumbrón, del desecho, y todas las adjetivaciones que podamos añadir al artificio de modus vivendi que ha diseñado el poder, ya no del Estado, como en la novela de Huxley, sino por el Ogro filantrópico sin nombre y sin cabeza del poder económico global.*

En las páginas centrales hablará de la humanización de la máquina, paradoja de la grieta humana, fundamentado en la novela *La bestia humana* de Émile Zola. Hablará, además, de *Frankenstein*, de Mary Shelley. De ésta, dice:

Pero la novela también puede ser modelo de otros caminos, como las vías posibles para comprender, explicar y generar conocimientos, los cuales todo joven investigador debe seguir, si pretende dedicarse a la ciencia.

Es una novela donde el terror tiene su rostro estético y ético a la vez; pues resulta que el monstruo es tan humano y más, que su mismo creador.

Por principio de cuentas, es cierto, la novela muestra el arquetipo que ha distorsionado históricamente al científico; en primer lugar al investigador perverso, desde el momento de inventar y construir un monstruo, como ya dije nada beneficioso a la sociedad.

Con el vaivén de las hojas, Villator cita la vida y obra del científico Galileo Galilei, un hombre que insistió hasta el cansancio sobre esas otras posibilidades que hay en el universo. Muestra un diálogo en el que él busca que miren –la iglesia– a través de los anteojos o el telescopio a los astros. Galileo dirá: “el padre de la verdad es el tiempo y no la autoridad”. Todo esto para explicar la utilidad de la ciencia.

De *Palinuro de México*, obra escrita por Fernando del Paso, Villator añade: *que es un acercamiento a la realidad humana, a través del conocimiento del cuerpo y el cerebro humano. Es un libro heurístico cuyas palabras desvelan lo no aparente. Un texto que se torna grotesco para narrar irónicamente la realidad de la miseria humana a la que se debe enfrentar todo médico, y agregaría también, todos los seres humanos que somos tú y yo estimado lector porque formamos parte constitutiva de ella.*

Es una novela que permite acercarnos a la realidad científica de la medicina a través del lenguaje, la pintura, la música, los museos y la postura de un surrealismo literario fenomenológico en sus distintas veredas para entender y comprender, de regreso, después de haber leído la historia de Palinuro

Al final nos dirá, citando *Universo elegante* de Brian Greene, que uno puede atreverse a decir que entre ciencia y literatura no hay fronteras. Ya en hojas anteriores del ensayario, al citar a Gustave Flaubert, habría escrito: *porque en soñar, precisamente, consiste el arte de la ciencia.*

Los senderos del infinito es una cartografía para comprender la ciencia a través de la literatura. Nada debe estar ajeno a los humanos. Así viajamos al centro de la tierra, así llegamos al espacio, desde la perspectiva de la ficción. Ésta nos impulsó y desde luego la ciencia y sus científicos hicieron su trabajo. Los senderos del infinito más que caminos que se bifurcan, son senderos abiertos, como la fotografía de la portada del libro –de la autoría de Alejandro Breck– que ilustra *Una ventana para mirar al mar.*

